



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

JUAN LUEIRO

La muerte en Lagos

Prólogo: JULIÁN IBÁÑEZ



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°61—
MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JUAN LUEIRO

Del prólogo © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU y JAVIER RUPÉREZ RUBIO
Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Fotografía de cubierta © ELIJAH O'DONNELL

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Marzo 2021
I.S.B.N:978-84-122808-6-9
Depósito legal: M-4407-2021
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

por JULIÁN IBÁÑEZ

¿Qué hace un diplomático como tú embarcado en el género negro?
¿Un diplomático no es un señor, o señora, que huele a *after shave*
(o a *Je Reviens*), con el nudo de la corbata bien prieto, que se
desabrocha los gemelos cuando se sube las mangas para sacar
las palabras de un jarrón? ¿Qué tiene que ver con tipos que hablan
por el lado de la boca donde no tienen el pitillo, cogen los pepi-
nillos con los dedos y atrapan las palabras en la boca de una
alcantarilla?

Los lectores agradecemos que nos «enseñen deleitando». Tenemos una sensación de plenitud, como si te doblaras en dos y tus dos «yoes» avanzaran en dos realidades paralelas, en fin, que aprovechas muy bien el tiempo.

Lo digo porque en esta novela el autor nos coge del brazo y nos pasea por los barrios bizarros de Lagos; también nos lleva a un par de mazmorras, a una iglesia y a unos cuantos despachos. Que conoce de primera mano. En realidad se trata del más difícil todavía: darnos una vuelta por Lagos sin que nos olvidemos del

argumento. Se nota la primera mano. Nada de documentarse en mapas, o guías de viajes (como hacía Emilio Salgari, que nunca pisó la cubierta de un barco). Pero, amigo Lueiro, olvídate de la medalla de oro al Mérito Turístico del Gobierno de Nigeria.

¿*Hard boiled* o enigma?, ¿La Moraleja o Entrevías?, esa es la cuestión. Enigma es trama, argumento, caballeros con paraguas y té a las cinco. *Hard boiled* es lo otro: ambiente, personajes, estilo.

Casan mal. Un estilo ingenioso, con buenos personajes, te saca del argumento, te hace perder el hilo. Y un buen argumento enturbia personajes y decorados. ¿Quién mató al cura?, te preguntas en una novela de Simenon, una pregunta que se apodera de tu cerebro borrando al cartero, al maestro, al rollo del alcalde con la maestra y al casino.

Lueiro rompe con una de las reglas de oro del género: atrapar en el primer párrafo al lector por la garganta y no soltarlo hasta que termina el libro.

Bien por los argumentos sin prisa. Los que te esperan ahí para continuar su camino, mientras se disecciona un nuevo personaje al que se le concede toda la relevancia. El argumento, es decir, el misterio, queda en suspenso mientras nos adentramos por terrenos lo suficientemente escarpados para resultar atractivos, sin que echemos en falta la respuesta de quién es el asesino del cura, porque sabemos que el malo está ahí, que no se ha ido y que antes de que termine la novela lo atraparemos.

Un argumento que fluye sin contaminarse a través de una ambientación poderosa, sin complejos, que te lleva a pensar que

el Chicago de los años treinta, con sus bates de beisbol y sus Thomson, era cosa de chicos.

Dejar en suspenso el *quién mató al cura* para destripar sin remilgos un personaje, sin que el lector se sienta frustrado, seguro de que el asesino no tiene escapatoria. Personajes de una pieza, con una gran carga dramática que claman su propia novela. Nada de hombrecillos y mujercillas grises que pasaban por allí.

Otra de las reglas que Lueiro rompe (fue un alumno de lo más díscolo) es el estilo. Después de todo, *el hard boiled* lo inventaron los americanos, así que nada de adjetivos, adverbios, ni palabras de más de dos sílabas. Si hay que describir la sordidez de una celda común en el tercer sótano de una comisaría de Lagos, pues tiramos de las mismas esdrújulas que empleamos en un informe al embajador. Resulta chocante y también divertido. Luego te mosqueas cuando caes en la cuenta de si Lueiro no habrá acertado.

Los guionistas de Hollywood decían que los finales tenían que ser rápidos y sorprendentes. Cerrando este libro piensas que los finales de Hollywood eran lentos y predecibles.

Dejen la botella al alcance de la mano, acomódense en el sofá, pongan los zapatos sobre un cojín y lean.

Argés. Febrero, 2021

LA MUERTE EN LAGOS

Beauty tuvo una premonición justo antes de meter la llave maestra en la cerradura de la 202. Nunca le había gustado esa habitación, pero aquel día del mes de julio, no se trataba de gustos. Era un sentimiento de otra índole que la empujaba hacia una cascada de reacciones irracionales sin que ella pudiera hacer nada. Una especie de instinto, similar al que descubrió cuando dio a luz a su primer hijo y atisbó el abismo al escuchar su llanto desconsolado. La diferencia era que ahora no había llanto, sino un silencio sepulcral que no cuadraba con la certeza de que algo pasaba, de que al otro lado la esperaba un peligro inminente.

No era habitual que la 202 estuviera en su lista, pero, cuando estaba, siempre empezaba por ella e iba desgranando el resto de tareas siguiendo la estela que trazaba su carrito a lo largo del pasillo. Se podría decir que Beauty era una fiel seguidora del cartesianismo más ortodoxo y, sin siquiera sospechar que sus ideas hubieran sido llevadas a los altares de la filosofía hacía siglos, se había impuesto un método riguroso de trabajo basado en una estricta separación, cuasi espiritual, entre su empleo como limpiadora en un hotelucho de los suburbios y sus opiniones sobre la limpieza.

No obstante, aquella mañana, había dejado la 202 para el final, echando abajo todos los pilares que sustentaban su particular y rutinario manual de supervivencia. Inconscientemente, iba ralentizando su ritmo de trabajo a medida que se acercaba a la habitación del fondo del pasillo, con la esperanza de que algo ocurriera en el último momento, un hecho insólito, una catástrofe, que le evitara tener que abrir esa puerta y dejar escapar el extraño tufillo que había estado oliendo toda la mañana y, a medida que se acercaba a la 202, se hacía más intenso.

Nada deseaba más que saltársela, olvidarla, borrar la 202 de su lista de trabajos pendientes, pero Beauty era una persona cabal que cuando tenía premoniciones pensaba en sus cuatro hijos que vivían de su jornal y decidía en consecuencia. Porque las limpiadoras tienen premoniciones como todo el mundo. La diferencia radica en que no pueden permitirse el lujo de hacer caso a sus insinuaciones y han aprendido a barrerlas de su pensamiento. Armadas de escobas, trapos, cubos y detergentes hacen desaparecer, en un santiamén, los rastros que va dejando la gente de su paso por la vida y, por añadidura, aprovechan para llevarse por delante sus propias premoniciones. Así, en el último y decisivo instante, volvió a recurrir a su dualismo cartesiano para espantar el incómodo pensamiento que se inmiscuía en su trabajo y ponía en peligro el pan de sus hijos.

Llamó primero con disimulo y no hubo respuesta. Segundos más tarde, aporreó la puerta con contundencia y esperó unos instantes agudizando el oído, pero no parecía salir sonido alguno del

interior de la habitación 202. Entonces, metió la llave y la giró con una energía desproporcionada. Era una táctica que había aprendido meses atrás, cuando se desgarró el antebrazo derecho con un hierro oxidado. El médico le dijo que una herida como esa necesitaba muchos puntos de sutura, pero él no tenía con qué coserle las carnes abiertas, ni medios para prevenir el tétanos o una posible infección que le obligase a cortarle el brazo. Sin embargo, Beauty tenía suerte pues su trabajo de limpiadora le permitía poder meter el antebrazo tres o cuatro veces al día en un cubo de agua con lejía. Pero lo más importante, le dijo el médico, era cubrir la herida para que no se posasen las moscas sobre la carne viva. Siguió sus consejos a rajatabla, pues de ellos dependía conservar su brazo y su trabajo. Fue así como descubrió Beauty que lo mejor era quitarse la venda de un tirón cada vez que tenía que desinfectar. Sin remilgos y con la misma energía desproporcionada con la que abrió la puerta de la 202 aquella mañana de julio, Beauty consiguió vencer a la gangrena y espantar definitivamente sus premoniciones.

Como tenía por costumbre, asomó la nariz antes de abrir la puerta de par en par y dejar al descubierto las vergüenzas de la gente. En sus más de diez años de limpiadora, ya se había encontrado de todo en las habitaciones de los hoteles. Especialmente en la 202. Su larga experiencia le había enseñado que la habitación más cara de cualquier hotel era siempre la más conflictiva. Los clientes que allí recalaban convertían el signo de distinción de la habitación en una razón de peso para profundizar en sus ansias de diferen-

ciarse del cliente común, haciendo en ella lo que nunca se hubieran atrevido a hacer en otra, no digamos ya en su propia casa. Pero lo que ocultaba la puerta de la habitación 202 no lo había visto jamás.

El cuerpo de un hombre yacía desparramado sobre un grueso charco de sangre coagulada. Tenía la garganta desgarrada y su yugular había manado como un grifo abierto hasta vaciarlo de sangre. Beauty se estremeció al verlo porque se acordó de su antebrazo, pero aguantó en pie unos instantes. Se agarró con fuerza al marco de la puerta y observó con atención para comprender la escena que estaba presenciando. Era un hombre blanco y corpulento que, además de lo del cuello, tenía otra fuga a media altura, de manera que, entre su enorme mata de pelo púbico, se asomaba una costra sanguinolenta. Adelantó levemente la cabeza para poder enfocar mejor y así pudo llegar a la conclusión de que el pene había sido seccionado o, más bien, arrancado. Miró alrededor, pero no encontró ni rastro del miembro que le faltaba al cuerpo. Sin embargo, sobre la silla vio algo que desbarató completamente su racional visión del mundo. Doblada con sumo cuidado, como corresponde a un ministro de la Iglesia, una sotana beis esperaba para ser vestida en el lugar menos apropiado para una prenda como esa. Esa seña de identidad, más relevante que el mismísimo rostro, le trajo a la imaginación reminiscencias de seres andróginos, cuyos miembros viriles, lacios y pequeños, sirven para aliviar las necesidades más perentorias de la carne y del espíritu e impedir, en última instancia, que el cuerpo que les da la vida estalle por

las costuras de la piel, por no disponer de una vía de escape que le permita expulsar orines y demonios. Nada que ver con el hombre común, que Beauty conocía bien, cuyos sentidos radican en la entrepierna, de donde recibe órdenes tajantes el cerebro. ¿Qué sentido tenía la amputación de un miembro inofensivo como se supone que era el que le faltaba al cadáver de un cura? Solo podía tratarse de un ritual extravagante que escondía las más diabólicas intenciones. Ante sus ojos se presentaba la contradicción por antonomasia, el desorden universal sintetizado en la 202.

Completamente estupefacta, volvió a fijarse en el rostro del cadáver cuya palidez le confería un aire siniestro y lánguido al mismo tiempo. Su boca entreabierta parecía querer decir algo; más bien, se diría que la muerte había interrumpido sus últimas palabras, tal vez, pidiendo socorro o cagándose en la madre que parió al que le había hecho aquello, porque, entre sus piernas, mezclada con la sangre, había restos de aquella deposición póstuma. La buena mujer, aun acostumbrada como estaba a limpiar las inmundicias de la gente, cayó desplomada a causa de una potente náusea que le nubló la vista.

Nadie acudió a socorrer a Beauty porque el hotel estaba desierto a esas horas. No se trataba del tipo de establecimiento en el que los huéspedes deciden quedarse a pasar la mañana remoloneando plácidamente, después de un copioso desayuno; allí no había piscina ni tumbonas para tomar el sol. El único lugar común era una pequeña recepción, donde dormitaba el director tras una gruesa vitrina con cristales antibala, sin más comunicación con el mundo exterior que un agujerito, por el que los huéspedes deslizaban el dinero a cambio de la llave de una de las habitaciones. Una hoja descolorida pegada al cristal con cinta aislante informaba de las formas de pago aceptadas (*Cash only*) y por anticipado, obviamente. Más abajo, se especificaba el precio por horas de las habitaciones, como si fuera un aparcamiento de coches. También tenían habitaciones *deluxe*, que eran las del segundo piso, de las que los clientes podían disponer desde las seis de la tarde hasta las diez de la mañana del día siguiente y, además, tenían baño incorporado, aunque rara vez había agua. En ellas, no se corría el riesgo de que nadie interrumpiese el sueño o lo que fuese, abriendo la puerta sin llamar por haberse pasado el tiempo de alquiler o porque otro cliente deseaba hacer uso inmediato de la alcoba.

La clientela del Black Swan Inn era fiel y fugaz. Pocos pasaban allí la noche entera. Cuando alguien lo hacía, se debía, generalmente, a los estragos del alcohol adulterado o de las drogas consumidas antes o durante el negocio que les había llevado al hotel. Algunos de sus huéspedes eran fijos y alquilaban la misma habitación por largos periodos para sentirse como en casa, aunque nunca dejaban pertenencia alguna en ella y no solían llevar nada más que un pequeño bolso con el instrumental necesario. A diferencia de lo que se estilaba en la ciudad, no había vigilante en la puerta. Se podría decir, incluso, que poner un vigilante habría arruinado el negocio. Costaba trabajo imaginarse un lugar más discreto. Situado al final de un callejón, solo un rótulo ilegible a causa de la mugre advertía de la naturaleza del establecimiento. La discreción, precisamente, era lo que buscaban sus clientes, dedicados a tiempo parcial a la prostitución y fieles al local por sus grandes ventajas para su oficio.

Tampoco era Festac Town, el barrio donde se ubicaba el hotel, un lugar en el que resultaba habitual ver a un señor como el que yacía en la habitación 202. Se encontraba en los alrededores de Lagos, más concretamente en la orilla derecha de la carretera que conduce a la frontera con Benín y que discurre paralela a la costa del Golfo de Guinea, atravesando el territorio yoruba de este a oeste. Al otro lado de la carretera, se encontraba la prisión de máxima seguridad de Kirikiri, construida años antes de la independencia de Nigeria, que parecía una fortaleza colonial, pero invertida, sin almenas ni ventanas, ni siquiera saeteras, pues su misión era proteger al país de los que estaban dentro.